¡Oh cuán precioso asunto
Para desempeñado!
Mas ¡cuán dificultoso,
Si admiro los tamaños
De una *Lealtad* tan grande,
Que en el mayor encomio apenas cabe!

Corte hermosa, recibe;
Recibid, Mexicanos,
Del español Monarca
Fieles dignos vasallos,
Mi mejor alabanza
En decir que á elogiaros nadie basta.

Y mil enhorabuenas
Por el amor y aprecio
Que le debeis felices
Al Rey, que guarde el Cielo,
Y á su vida conceda
Más duraciones que á su Estatua bella.



# JOSEFA GONZÁLEZ DE COSÍO.

## SIGLO XIX.

**Estimulada del amor que profesa á su Sagrada Religión Católica, á su Soberano el Sr. D. Fernando VII (Q. D. G.) y á su Patria, escribe al Ministro de Relaciones de Paris el siguiente Romance.**

Al punto que aquí llegaron,
Monsieur, las cartas y pliegos
en que vuestro Emperador
pretende que con respeto,
á la abdicación que en él
nuestros Monarcas hicieron
de la española Corona
y del mexicano Imperio
bajo ciertas condiciones
y pactos que precedieron,
á José de Bonaparte
reconozcamos por dueño,
cansándonos la atención
con el decantado acento
de que seríamos felices,
y no perdería momento
de que se verificasen
aquellos vastos proyectos
que tenía premeditados
y serían nuestro remedio:

Al punto, vuelvo á decir,
que á nuestras manos vinieron
los citados papeluchos,
que sin duda alguna fueron
partos de un descabellado
desconcertado talento,
cuando mis leales paisanos
al instante que los vieron
los que no hicieron pedazos
consumieron en el fuego;
y también lo mismo harían
con los viles mensajeros,
castigando de este modo
tan crecido atrevimiento,
á no ser porque en la América
hay tan generosos pechos,
que perdonan los agravios
como Cristo Señor nuestro
nos previene en el Decálogo
de sus santos mandamientos.
¿Piensa Napoleón acaso
que el americano Suelo
ignoraba sus traiciones,
sus intrigas, sus enredos,
sus vilezas, sus infamias,
sus inícuos pensamientos?
¿Piensa el bárbaro que aquí
no se tenía por extenso
circunstanciada razón
de los villanos excesos
que en Bayona ejecutó
con nuestro Príncipe excelso,
con nuestro amado Monarca
el Señor Fernando VII,
á quien tiene ya jurado
por su legítimo dueño



la mexicana Nación,
de cuyo valor y esfuerzo,
de cuya heroica lealtad,
de cuyo insigne denuedo
no se duda sostendrá
su solemne juramento,
á pesar de toda Francia
y de todo el mundo entero?
¿Piensa que somos idiotas
y que aquí no conocemos
cuál es la felicidad
verdadera para un pueblo?
¿Pensará acaso, Monsieur,
que tampoco aquí sabemos
el enjuagatorio que hizo,
el ardid, los viles medios,
las mentiras, las patrañas
y otros indignos, perversos
arbitrios que discurrió
para arrancar con denuedo
esas renuncias de que
ahora pretende hacer mérito?
Cuando por las nulidades,
los vicios y otros defectos,
que luego á primera vista
refleja el entendimiento,
ni debemos admitirlas,
ni obedecerlas debemos,
ni queremos otro Rey
que el que nos ha dado el cielo
en nuestro amado Fernando,
único Señor y Dueño
de la Indiana Monarquía
y de su hermoso terreno,
que es la mayor y más noble
parte que en el universo

cobija el celeste globo
y ve el sol desde su asiento;
¿concibe que los indianos
de cobardía están llenos
y se asustan de las moscas
de Francia? ¡Viles conceptos!
El moscón y ellas huirán
de vernos mover los dedos.
Os aseguro, Monsieur,
que se engaña por extremo
vuestro Emperador, si piensa
ser dueño de este hemisferio.
Si cuando el Rey Carlos IV,
en el gran Príncipe nuestro
abdicó la real corona,
no quiso reconocerlo
por Rey vuestro Emperador,
fundado en que sólo el miedo
pudo haber sido ocasión
de la práctica de este hecho;
¿cómo quereis que nosotros,
que sabemos el enredo
que forjó para que en él
recayesen sin remedio
esas renuncias, que á fuerza
nuestros Monarcas hicieron,
las admitamos con gusto
y rindamos nuestro cuello
á la infeliz servidumbre
de un vil príncipe extranjero,
cuando nuestras leyes patrias
en unos casos como éstos
tienen ya determinado
lo que debe hacerse en ellos?
¿Quién es, Monsieur, vuestro príncipe?
Mirad si le conocemos



en esta corta pintura
que relataros intento.
Napoleón es un corso
soberbio, monstruoso, fiero,
nacido de entre las heces
de lo más ruín del pueblo;
un aborto del abismo;
un demonio del infierno;
caudillo de las langostas
hambrientas, que del Averno
el Evangelista vió
en enjambres ir saliendo
con coronas de oro falso,
capitaneadas de cierto
ángel malo que Abbadon
le nomina el pueblo hebreo,
Appollyon el Griego explica,
y exterminador en nuestro
vulgar idioma se llama
vuestro príncipe perverso.
¿Es creible que un tirano
devorador de su reino,
enemigo capital
de los Estados ajenos;
el asolador del mundo,
el usurpador violento,
el pérfido más insigne,
el hombre más fraudulento,
el sanguinario cruel
que siempre vive sediento
de beber el coral rojo
de nuestros humanos pechos,
pretenda hacernos felices,
siendo él, por lo que advierto,
el hombre más infeliz
que hay y habrá en el mundo entero?